

**El cupón falso
& Jadzhi Murat**

Lev Tolstói

Traducción de Victor Gallego



Publicamos en este libro dos novelas cortas del gran escritor ruso Lev Tolstói. En *El cupón falso*, una de sus obras menos conocidas en España, Tolstói narra la historia de una estafa y de cómo el dinero conseguido a través de un cupón falso cambia la vida de todas las personas por las que va pasando.

En segundo lugar presentamos una nueva traducción de una de sus grandes obras: *Jadzhi Murat*. En ella nos muestra el conflicto entre la vida sencilla de los habitantes del Cáucaso, regida por la tradición y la costumbre, personificada en el atractivo protagonista que da nombre al título, y la vida «moderna» y «civilizada» representada por los rusos. Tolstói vivió la situación en primera persona, pues estuvo en esa zona durante su etapa en el ejército, por lo que es el mejor guía para adentrarnos en los orígenes de una guerra que perdura hasta nuestros días en Chechenia.

Las dos obras que componen este libro se encuentran entre las mejores que escribió el genio ruso y son, por tanto, dos obras fundamentales de la literatura universal.

El cupón falso

Primera parte

I

Fiódor Mijáilovich Smokovnikov, presidente de la Cámara de Comercio, hombre de integridad intachable, de la que se sentía orgulloso, liberal a ultranza y no solo librepensador, sino contrario a cualquier forma de religiosidad, que consideraba un residuo de supersticiones antiguas, había regresado a casa de su despacho en una pésima disposición de ánimo. El gobernador le había enviado una carta de lo más estúpida, en la que se daba a entender que Fiódor Mijáilovich no se había comportado como debía. Este se había puesto como una fiera y se había aprestado a redactar una respuesta cáustica y mordaz.

Una vez en casa, a Fiódor Mijáilovich le asaltó la sospecha de que todos se habían conjurado para fastidiarlo.

Eran ya las cinco menos cinco. Creía que estaban a punto de servir la mesa, pero la comida aún no estaba preparada. Fiódor Mijáilovich dio un portazo y se encerró en su cuarto. Alguien llamó a la puerta. «¿Quién demonios será?», pensó y gritó:

—¿Quién es?

En la habitación entró su hijo, un muchacho de quince años, estudiante de quinto curso.

—¿Qué quieres?

—Es primero de mes.

—¿Y qué? ¿Vienes a por el dinero?

Habían convenido que el primero de cada mes el padre entregara al hijo tres rublos para sus gastos. Fiódor Mijáilovich frunció el ceño, cogió la cartera y, después de rebuscar un poco, sacó un cupón de dos rublos y medio, luego alcanzó el portamonedas y reunió otros cincuenta kopeks en calderilla. El hijo guardaba silencio y no cogía el dinero.

—Papá, ¿no podías darme un adelanto?

—¿Qué?

—Preferiría no pedírtelo, pero me han prestado dinero y he dado mi palabra de restituirlo. Como hombre de honor no puedo... Necesito otros tres rublos. Te aseguro que no volveré a pedirte más... No es que no vaya a pedirte más, pero... Por favor, papá.

—Ya te he dicho...

—Solo por esta vez, papá...

—Te doy tres rublos de paga y te parece poco. A tu edad yo no recibía ni cincuenta kopeks.

—Ahora todos mis amigos disponen de mucho más. Petrov e Ivanitski reciben cincuenta rublos.

—Y yo te aseguro que, si sigues comportándote de ese modo, acabarás convirtiéndote en un estafador. No tengo más que decir.

—¿Cómo que no tiene más que decir? No se pone usted nunca en mi lugar, y al final voy a quedar como un canalla. Para usted es muy cómodo.

—Vete de aquí, bribón. Fuera.

Fiódor Mijáilovich se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre su hijo.

—Fuera. Debería darte una azotaina.

El muchacho se sintió dominado por una mezcla de temor e ira, aunque el segundo sentimiento prevalecía sobre el primero; agachó la cabeza y con pasos raudos se dirigió a la puerta. Fiódor Mijáilovich no tenía intención de pegarle, pero estaba muy satisfecho de su reacción airada y durante un buen rato siguió gritando improperios contra su hijo.

Cuando la doncella vino para anunciarle que la comida estaba lista, Fiódor Mijáilovich, se levantó:

—Por fin —exclamó—. Hasta se me ha pasado el apetito.

Y, enfurruñado, se dirigió al comedor.

Una vez en la mesa, su esposa le dirigió la palabra, pero la respuesta que recibió fue tan breve e irritada que optó por callarse. El hijo no apartaba la mirada del plato y tampoco abría la boca. Comieron en silencio y en silencio se levantaron y se separaron.

Después de la comida, el estudiante se retiró a su habitación, sacó del bolsillo el cupón y la calderilla y lo arrojó todo sobre la mesa, luego se quitó el uniforme y se puso una chaqueta. Al principio cogió una gramática latina desportillada, luego cerró la puerta con el pestillo, guardó el dinero en un cajón, del que sacó papel de fumar, lio un cigarrillo, lo cerró con un pedazo de algodón y le prendió fuego.

Se pasó un par de horas sentado delante de la gramática y los cuadernos, sin entender nada; luego se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación, dando taconazos y recordando la escena que había tenido con su padre. Recordó con toda nitidez las palabras ofensivas de este y sobre todo su expresión malhumorada, como si acabara de verlo y escucharlo. «Bribón. Debería darte una azotaina». Y cuanto más se acordaba, más furioso se sentía contra su padre. Recordó que este le había dicho: «Te aseguro que, si sigues comportándote de ese modo, acabarás convirtiéndote en un estafador. Ya lo sabes». «Pues sí, me convertiré en un estafador. Y le estará bien empleado. Se ha olvidado de que también él ha sido joven. Después de todo, ¿qué crimen he cometido? Solo he ido al teatro y, como no tenía dinero, se lo he pedido prestado a Petia Grushetski. ¿Qué hay de malo en eso? Cualquiera otro se habría compadecido, se habría interesado, pero él no hace más que insultar y pensar en sí mismo. Cuando le falta algo, llena toda la casa

con sus gritos, pero yo soy un estafador. Sí, puede que sea mi padre, pero para mí es un extraño. No sé si todos los padres serán así, pero yo al mío no le tengo ningún cariño».

La doncella llamó a la puerta. Le traía una nota.

—Me han pedido que les lleve sin falta una respuesta.

La nota decía:

«Ya es la tercera vez que te exijo la devolución de los tres rublos que te he prestado, pero tú sigues intentando escabullirte. La gente honrada no actúa de ese modo. Te ruego que entregues el dinero a la persona que te ha llevado esta nota. Me hace muchísima falta. ¿Es posible que no puedas procurártelo?

»Tu amigo, que te estima o te desprecia, según le pagues o no,

Grushetski».

«Vaya. Menudo cerdo. ¿Es que no puede esperar un poco? Tengo que pensar en alguna otra solución».

Mitia fue a ver a su madre. Era su última esperanza. Su madre era bondadosa y no sabía negarle nada; es probable que en cualquier otro momento le hubiera ayudado, pero ese día estaba preocupada por la enfermedad de su hijo menor, Petia, que solo tenía dos años. Se enfadó con Mitia porque había hecho mucho ruido al entrar y se negó en redondo a darle dinero.

Farfullando unas palabras confusas para su colete, el muchacho se dirigió a la puerta. A la mujer le dio pena de su hijo y lo llamó.

—Espera, Mitia —dijo—. En estos momentos no tengo nada, pero mañana te daré lo que necesitas.

Pero Mitia aún ardía de indignación contra su padre.

—¿Por qué mañana, si es hoy cuando lo necesito? No me dejáis otra salida que pedirselo a un compañero.

Y salió dando un portazo.

«No hay nada que hacer. Él me dirá dónde puedo empeñar el reloj», pensó, palpando el reloj que tenía en el bolsillo.

Mitia cogió de la mesa el cupón y la calderilla, se puso el abrigo y se fue a casa de Majin.

II

Majin era un estudiante bigotudo que jugaba a las cartas, conocía a varias mujeres y siempre tenía dinero. Vivía con una tía. Mitia sabía que Majin era un tipo poco recomendable; no obstante, cuando estaba en su compañía, siempre acababa obedeciéndole, aun en contra de su voluntad. Majin estaba en casa, preparándose para ir al teatro. En su pequeña y desarreglada habitación olía a jabón perfumado y a agua de colonia.

—Eso, amigo mío, es lo último —exclamó Majin, cuando Mitia le dio cuenta de su infortunio, le mostró el cupón y los cincuenta kopeks y le dijo que necesitaba nueve rublos—. Se puede empeñar el reloj, pero hay una solución aún mejor —añadió, guiñando un ojo.

—¿Cuál?

—Muy sencillo —Majin cogió el cupón—. Si ponemos un uno delante del dos, tendremos doce rublos con cincuenta.

—Pero ¿existen cupones de esa cantidad?

—Pues claro, y también de mil rublos. Una vez pasé uno.

—No puede ser.

—Entonces ¿qué? ¿Probamos? —dijo Majin, cogiendo una pluma y alisando el billete con un dedo de la mano izquierda.

—Pero no está bien.

—Bobadas.

«Tenía razón —pensó Mitia, recordando los improperios de su padre—. Un estafador. Voy a convertirme en un estafador».

Miró a Majin a la cara, que a su vez le contemplaba con una plácida sonrisa.

—¿Qué? ¿Lo hacemos?

—De acuerdo.

Majin trazó un uno con muchísimo tiento.

—Bueno, ahora vamos a una tienda. A esa misma de la esquina en la que se vende material fotográfico. Precisamente necesito un marco para este retrato.

Y le mostró la fotografía de una muchacha de ojos grandes, pelo abundante y generoso busto.

—Un encanto, ¿eh?

—Sí, sí. Pero cómo...

—Es muy sencillo. Vamos.

Majin se puso el abrigo y los dos muchachos salieron juntos.

III

En la puerta de la tienda de material fotográfico sonó la campanilla. Los estudiantes entraron, echaron un vistazo al negocio vacío, con los anaqueles llenos de accesorios fotográficos y varios expositores en el mostrador. Por la puerta de la trastienda salió una mujer poco agraciada, de expresión bondadosa, que se detuvo detrás del mostrador y les preguntó qué deseaban.

—Un marco bonito, *madame*.

—¿De qué precio? —preguntó la señora, mientras, con movimientos ágiles y fulgurantes de sus dedos hinchados, enfundados en mitones, iba sacando marcos de distintas formas—. Estos cuestan cincuenta kopeks, esos otros son un poco más caros. Y este tan delicado y moderno vale un rublo con veinte.

—Bueno, me llevó ese. Pero ¿no podría hacerme un descuento? Le doy un rublo.

—En esta casa no se regatea —dijo la señora con dignidad.

—Está bien —dijo Majin, depositando el cupón sobre la vitrina—. Deme el marco y la vuelta, pero de prisa. No queremos llegar tarde al teatro.

—Tienen mucho tiempo —comentó la señora y se quedó mirando el cupón con sus ojos miopes.

—Quedará bien en ese marco, ¿verdad? —dijo Majin, dirigiéndose a Mitia.

—¿No tienen ustedes suelto? —preguntó la vendedora.

—Ese es el problema. Mi padre me ha dado este cupón y necesito cambiarlo.

—Pero ¿es posible que no lleven encima un rublo y veinte kopeks?

—Tengo cincuenta kopeks. ¿No tendrá miedo de que colemos un cupón falso?

—No, yo no he dicho eso.

—Pues devuélvame. Ya lo cambiaremos en otro lugar.

—Entonces ¿cuánto tengo que devolveros?

—Algo más de once rublos, me parece.

La vendedora echó la cuenta con la ayuda de un ábaco, abrió la caja, sacó un billete de diez rublos y, revolviendo entre las monedas, reunió seis monedas de veinte kopeks y dos de cinco.

—¿Sería tan amable de envolvermelo? —preguntó Majin, cogiendo el dinero sin prisas.

—Ahora mismo.

La vendedora hizo un paquete y lo ató con bramante.

Mitia solo recobró el aliento cuando la campanilla de la entrada tintineó a sus espaldas y se encontraron en la calle.

—Ahí tienes diez rublos, el resto me lo quedo yo. Ya te lo devolveré.

Y Majin se fue al teatro, mientras Mitia se dirigía a casa de Grushetski y saldaba su deuda.

IV

Una hora después de que los estudiantes abandonaran la tienda, el dueño del negocio regresó a casa y se puso a verificar la caja.

—¡Ah, eres tonta de remate! ¡Pero qué estúpida! —le gritó a su mujer al ver el cupón, dándose cuenta enseguida de la falsificación—. ¿Por qué aceptas cupones?

—Pero Zhenia, si tú mismo los has aceptado en mi presencia, y también de doce rublos —respondió la mujer, confusa, mortificada, a punto de echarse a llorar—. Ni yo misma sé cómo han conseguido engañarme esos estudiantes. Era un joven apuesto, y parecía tan *comme il faut*...

—Y tú eres una tonta *comme il faut* —siguió insultándola su marido, mientras contaba el contenido de la caja—. Cuando yo acepto un cupón, me aseguro de lo que pone. Pero tú, a pesar de lo vieja que eres, solo te fijas en el hocico de los estudiantes.

La mujer no pudo soportar ese comentario y se enfadó a su vez.

—¡Eres como todos los hombres! Siempre estás haciendo reproches a los demás, pero, cuando tú mismo pierdes cincuenta y cuatro rublos jugando a las cartas, no pasa nada.

—Eso es otra cosa.

—No quiero discutir contigo —dijo la mujer y se retiró a su cuarto.

Una vez allí, se puso a recordar lo mucho que su familia se había opuesto a su matrimonio, pues consideraba que ese hombre era de condición muy inferior a la suya, y cuánto había insistido ella en esa unión; recordó a su hijo muerto, la indiferencia de su marido ante aquella pérdida, y sintió tanto odio por él que hasta llegó a desear su muerte. Pero al poco rato se asustó de sus propios sentimientos, se aprestó a vestirse y salió de casa. Cuando su marido volvió a los aposentos, ella ya se había marchado. Sin esperarle,

se había puesto el abrigo y se había dirigido a casa de un conocido, profesor de francés, que los había invitado a pasar la velada.

V

En casa del profesor de francés, un polaco ruso^[1], se sirvió un té con pastas; a continuación los invitados se sentaron a varias mesas a jugar al *vint*^[2].

La mujer del comerciante de material fotográfico compartió mesa con el dueño de la casa, un oficial del ejército y una anciana sorda con peluca, viuda del propietario de una tienda de música, jugadora experta y apasionada. A la mujer del comerciante de material fotográfico le cayeron en suerte buenas cartas. Ganó dos manos. A su lado había un platito con uvas y peras, y ella se sentía ahora de buen humor.

—¿Por qué no viene Yevgueni Mijáilovich? —preguntó desde otra mesa la dueña de la casa—. Lo habíamos inscrito como quinto jugador.

—Probablemente se habrá entretenido con las cuentas —dijo la mujer de Yevgueni Mijáilovich—. Hoy tenía que pagar las provisiones y la leña.

Al recordar la escena que habían tenido, frunció el ceño, y sus manos embutidas en mitones se estremecieron de ira.

—Hablando del rey de Roma... —dijo el dueño de la casa, volviéndose a Yevgueni Mijáilovich, que entraba en esos momentos—. ¿Qué le ha retenido?

—Diversos asuntos —respondió Yevgueni Mijáilovich con voz alegre, frotándose las manos. Luego se acercó a su mujer, que lo miraba sorprendida, y le dijo—: ¿Sabes?, ya me he desembarazado del cupón.

—¿Es posible?

—Sí, se lo he dado al *mujik* que ha traído la leña.

Y Yevgueni Mijáilovich contó a los presentes, con gran indignación, cómo dos estudiantes sin escrúpulos habían engañado a su mujer, quien contribuyó al relato proporcionando detalles suplementarios.

—Bueno, señores, ahora manos a la obra —dijo, sentándose a la mesa, cuando llegó su turno, y se puso a barajar las cartas.

VI

En efecto, Yevgueni Mijáilovich había conseguido pasarle el cupón falso a un campesino llamado Iván Mirónov, en pago por la leña.

Iván Mirónov se ganaba la vida del siguiente modo: compraba un *sazhen*^[3] de leña en los depósitos de madera y luego la iba pregonando por la ciudad, pero no la dividía en cuatro partes, sino en cinco, que vendía al mismo precio que costaba un cuarto en las tiendas. Ese día tan desdichado para él, Iván Mirónov había cargado muy de mañana medio cuarto, que no tardó en vender; luego cargó otro medio, con la esperanza de venderlo también, pero estuvo dando vueltas hasta la tarde buscando en vano un comprador. Solo se había topado con ciudadanos expertos, que conocían las trampas habituales de los *mujiks* que vendían leña y no le creían cuando aseguraba que la había traído del campo. Estaba hambriento y aterido de frío, con su chaqueta raída y su abrigo hecho jirones; la temperatura, al atardecer, había descendido a veinte grados bajo cero. Su caballejo, al que trataba sin miramientos porque tenía intención de venderlo a los pellejeros, estaba completamente exhausto. En suma, Iván Mirónov barajaba ya la idea de vender la leña a un precio inferior al que le había costado, cuando se encontró con Yevgueni Mijáilovich, que había salido a comprar tabaco y volvía a casa.

—¿Necesita leña, señor? Se la dejo barata. El caballo está al límite de sus fuerzas.

—¿De dónde vienes?

—Del pueblo. La leña es mía. Está seca y arde muy bien.

—Sí, ya os conozco yo a vosotros. Bueno, ¿y cuánto pides?

Iván Mirónov dijo una suma exorbitada, luego empezó a bajarla y al final se la ofreció a precio de coste.

—Se la dejo tan barata por ser usted y porque no vive lejos —dijo.

Yevgueni Mijáilovich no perdió mucho tiempo regateando, satisfecho con la idea de desembarazarse del cupón. En suma, Iván Mirónov, tirando él mismo de las varas del carro, transportó la leña hasta el patio y la descargó en el cobertizo. El portero no estaba. En un principio Iván Mirónov se mostró reacio a aceptar el cupón, pero Yevgueni Mijáilovich era tan persuasivo y parecía un señor tan importante que acabó aceptándolo.

Al entrar por la puerta trasera en el cuarto de los criados, Iván Mirónov se santiguó, se sacudió la escarcha de la barba y, levantándose el faldón del caftán, sacó un portamonedas de piel, extrajo ocho rublos con cincuenta kopeks y se los entregó a Yevgueni Mijáilovich; luego metió el cupón en el portamonedas, envuelto en un pedazo de papel.

Después de dar las gracias al señor como correspondía, Iván Mirónov, libre ya de la carga, se dirigió a la taberna, azuzando no ya con la tralla, sino con el mango del látigo, a su jamelgo, que, cubierto de escarcha y más muerto que vivo, apenas podía mover las patas.

Ya dentro del establecimiento, Iván Mirónov pidió té y vodka por valor de ocho kopeks. Una vez que entró en calor y empezó a sudar, se puso a conversar en la mejor disposición de ánimo con un portero que estaba sentado a la misma mesa, a quien acabó contándole su vida y milagros: que era natural de Vasílevskoie, una aldea situada a doce

verstas de la ciudad; que había abandonado la casa paterna y ahora vivía con su mujer y sus dos hijos; que el mayor de ellos acudía a la escuela y de momento no le era de ninguna ayuda; que en la ciudad se hospedaba en un albergue y que al día siguiente iría a la feria, donde vendería su rocín y, si se terciaba, se compraría otro; que había conseguido reunir veinticuatro rublos y que la mitad de ese dinero lo tenía en un cupón. Lo sacó y se lo enseñó al portero. Este era analfabeto, pero le dijo que había cambiado billetes como aquel para los inquilinos y que era dinero de ley; no obstante, había algunos falsos. En consecuencia, para mayor seguridad, le aconsejaba que lo cambiara allí mismo, en la taberna. Iván Mirónov le entregó el cupón al camarero y le pidió que le trajera la vuelta. Al cabo de un rato, en lugar del camarero apareció el tabernero, un hombre calvo, de rostro reluciente, que llevaba el cupón en su mano regordeta.

—Su dinero no es válido —dijo, mostrándole el cupón, pero sin restituírselo.

—Sí que lo es, me lo ha dado un señor.

—Te digo que es falso.

—Bueno, será falso, pero dámelo.

—Nada de eso, amigo, la gente como tú se merece una lección. Lo has falsificado con ayuda de algún otro bribón.

—Dame el dinero. ¿Qué derecho tienes a comportarte así?

—¡Sidor! Llama a un guardia —exclamó el encargado de la barra, dirigiéndose a un camarero.

Iván Mirónov había bebido. Y cuando bebía, se alborotaba. Cogió al tabernero por el cuello de la camisa y le gritó:

—Devuélvemelo. Iré a ver al señor. Sé dónde vive.

El tabernero consiguió zafarse, pero en el intento se le desgarró la camisa.

—¡Ah! ¿Con que esas tenemos? ¡Sujétalo!